



nombre de Buddha y en la persona de Chakia-Muni, es la más importante, porque produjo en una gran porción del Asia una revolución religiosa, en la cual se mezclaron instituciones indisputables del cristianismo.

Las tradiciones asiáticas están muy discordes respecto al nacimiento de Buddha; unos le colocan más de diez siglos antes de Jesucristo, y otros menos de seis. Según una enciclopedia japonesa, Chakia-Muni, á quien posteriormente se le dió el nombre de Buddha ó sabio, nació el año 1029 antes de la era cristiana, y fué contemporáneo de David y de Salomon. Habiendo muerto el 950, renació sucesivamente en los patriarcas; la enciclopedia japonesa cuenta treinta y tres desde la muerte de Chakia hasta el 713 de Jesucristo y consigna sus nombres, y casi siempre los años de su nacimiento y de su muerte. Uno de los más activos fué el duodécimo, que murió el año 332 antes de Jesucristo.

Los primeros patriarcas que participaron del espíritu de Buddha vivían al principio en la India, en la corte de los reyes del país, de quienes eran consejeros espirituales, sin ejercer, á lo que parece, ninguna otra particular función. El Dios se complacía en renacer tan pronto en la casta de los brahmanes ó de los guerreros, como en la de los mercaderes ó labradores, conforme á su primitiva intención, que era abolir las castas y dejar á sus partidarios nociones más perfectas de la justicia divina y de los deberes del hombre. La misma divergencia de opiniones hay respecto al lugar de su nacimiento: se le ve aparecer sucesivamente en la India septentrional, en el Mediodía y en Ceilan, conservando siempre en cada nueva vida la memoria de lo que fué en sus anteriores existencias. La mayor parte de los pontífices, cuando llegaban á una edad avanzada, ponían fin ellos mismos á las enfermedades de la vejez y apresuraban, arrojándose á una pira, el momento en que debían gozar de nuevo los placeres de la infancia. Este uso se ha transmitido hasta nuestros días, con la sola diferencia de que en vez de quemarse vivos se arrojan á las llamas después de la muerte. En el quinto siglo de nuestra era, Buddha, hijo entonces de un rey de Mabar, en la India meridional, creyó oportuno abandonar el Indostan para no volver más y fijar su residencia en la China. Créese que esta marcha fué efecto de las persecuciones de los brahmanes y del predominio del sistema de castas. Una vez establecido en la China, los patriarcas budhistas recibieron diferentes títulos, entre otros los de *grandes maestros de la doctrina y príncipes espirituales de la ley*. Los príncipes que abrazaron el budhismo, se gloriaron de tener en su corte á los pontífices, y los títulos de *preceptor del reino y príncipe de la doctrina* se dieron sucesivamente á los religiosos nacionales ó extranjeros que se preciaban de estar animados por los seres divinos y subordinados á Buddha, viviendo bajo el nombre de patriarcas. Se ve, pues, que la jerarquía de los budhistas nació bajo la influencia de la política.

Durante ocho siglos, estos patriarcas se vieron reducidos á una existencia precaria; pero

en el siglo décimotercero, en tiempo de Gengis-Kan y sus primeros sucesores, que reinaron desde el Japon hasta el Egipto y la Silesia, recibieron títulos más pomposos que nunca: el Buddha que entonces vivía fué elevado á la categoría de los reyes, y como el primero que se vió honrado con esta dignidad terrestre era un tiberano, se le asignaron dominios en el Tibet, y la palabra *lama*, que significa *sacerdote* en su lengua, comenzó en él á adquirir alguna celebridad.

La fundación de la gran silla patriarcal lamáica de Putala no reconoce otro origen que esta circunstancia completamente fortuita, y no se eleva á una época muy remota. En el siglo décimosexto, hácia el reinado de Carlos I de España, el patriarca del Tibet recibió el título, más pomposo aún, de lama semejante al Océano, en Mongol, *delai lama*, con el cual se da á entender, no su dominación efectiva, que nunca estuvo muy entendida, ni fué completamente independiente, sino las grandes facultades sobrenaturales que se le han supuesto.

Por la época en que los patriarcas budhistas se establecieron en el Tibet, las regiones de la Tartaria que limitan con esta comarca estaban llenas de cristianos. Los nestorianos habían fundado metrópolis y convertido á su religión naciones enteras. Más tarde las conquistas de los hijos de Gengis-Kan llevaron allí extranjeros de todos los países, georgianos, armenios, rusos, franceses, musulmanes y monjes católicos encargados de misiones importantes por el papa y por San Luis. Los que envió este último llevaban consigo los ornamentos de iglesia, altares y reliquias, para ver, dice Joinville, *si podían atraer estas gentes á nuestra creencia*. Celebraron las ceremonias religiosas en presencia de los príncipes tártaros, y estos les dieron un asilo en sus tiendas y permitieron que se levantaran capillas hasta en el recinto de sus palacios. Un arzobispo italiano que residía en la ciudad imperial, en Peking, por orden de Clemente V, edificó una iglesia con tres campanas para llamar á los fieles á los oficios, y llenó las paredes de pinturas que representaban asuntos piadosos. Cristianos de Siria, romanos, cismáticos, musulmanes, idólatras, todos vivían mezclados y confundidos en la corte de los emperadores mongoles, siempre dispuestos á recibir nuevos cultos y hasta adoptarles, con tal que no se les exigiera ninguna convicción, y sobre todo siempre que no se les impusiera ninguna violencia. Se sabe que los tártaros pasaban voluntariamente de una secta á otra, abrazaban con facilidad la fe, y después la renunciaban, con la misma facilidad, para caer en la idolatría. Tal es, en medio de estas variaciones, cómo se fundó en el Tibet la nueva silla de los patriarcas budhistas. Es natural que interesados en multiplicar el número de sectarios, ocupados en dar más magnificencia á su culto, se hayan apropiado algunos usos litúrgicos, algunas de estas pompas extrañas que atraían á la multitud, que han introducido algunas de las instituciones del Occidente que les ponderaban los embajadores del rey de Francia y del papa, y las circunstancias les disponían á imitar. De aquí, sin disputa, el



que haya causado gran sorpresa encontrar en el centro del Asia numerosos monasterios, religiosos guardando un celibato perpétuo, tonsurados, recitando en coro una especie de breviario; procesiones solemnes, peregrinaciones, fiestas religiosas, una corte pontifical, colegios de lamas superiores que eligen á su jefe, soberano eclesiástico y espiritual de los tibetanos y de los tártaros (1).

De aquí también, además de las comunicaciones anteriores, los rasgos visibles del cristianismo en la leyenda de Buddha, tal como la refieren los libros budhistas.

Buddha, dicen los libros, desciende de la mansion celestial al seno de Maya, esposa de Sutadama, rey del norte del Indostan y miembro de la familia Chakia, la más ilustre de la familia de los brahmanes. Su madre, que le concibió sin mancha, le dió á luz sin dolor. (San Jerónimo dice que, según los filósofos samaneos, Buddha, su maestro, nació de una virgen.) Los profetas y los sabios reconocieron en este niño maravilloso todos los caracteres de la divinidad, y apenas vió la luz, se le llamó Dios de los dioses. Un rey que era una encarnación divina, le confirió el bautismo con el agua santa. A la edad de diez años se le puso bajo la dirección de los sacerdotes para que le educasen; pero bien pronto les propuso cuestiones insolubles que él las explicaba inmediatamente. Era el más hermoso de los hijos de los hombres. Cuando se sentaba bajo de una higuera, el pueblo, reunido en torno suyo, no se cansaba de admirarle. Movido de compasión por los males de sus semejantes, sólo desea librarles de ellos. Se retira al desierto para comenzar desde allí su misión divina. Allí se hace sacerdote, se afeita la cabeza con sus propias manos, y rodeado de sus cinco discípulos predilectos se entrega por espacio de muchos años á una vida llena de austeridad. Por último, después que hubo resistido más de una tentación, los dioses mismos descendiendo del cielo para invitarle á que extienda su doctrina, y coronado de gloria se vuelve á la ciudad santa, á Benares, para ocupar allí el trono de los santos que habían enseñado la ley en las edades precedentes. Acompañado de sus discípulos hizo un viaje por el Océano, atravesó muchos desiertos y practicó los exorcismos. Su moral abraza estos diez mandamientos: 1.º no matar; 2.º no robar; 3.º no ser impuro; 4.º evitar el falso testimonio; 5.º no mentir; 6.º no jurar; 7.º evitar toda palabra deshonesta; 8.º ser desinteresado; 9.º no conservar resentimiento; 10.º no ser supersticioso (2).

Chakia-Muni, es decir, el monje ó el penitente de la casa de Chakia, lleva el nombre de Buddha en sanskrit, el de Fotho, Fo ó Fœ en

(1) Abel Rémusat, *Mel. asiat.*, t. I, p. 113 y 129. Su memoria más notable se halla en la colección de la Academia. Carta del P. Desiderio, entre las cartas edific. y curiosas.

(2) Klaproth, *Asia poliglota*; Creucer, *Symbolique*, t. I, p. 238 y 265. Abel Rémusat, *Mel. asiat.*, tomo I, p. 107 y siguientes. Deguignes, *Mem. de la Acad. de las Inscripciones*, t. XLV.

chino, el de Somnacodom en lengua siamesa, y el de Burkam en Mongol. Entre sus diferentes nombres se encuentran los siguientes: *El que sale para conseguir la victoria, el que da á cada uno según sus méritos, el dios de los dioses, el que lo sabe todo, el señor del universo, aquel de quien procede toda ley, en quien todos confían, el que borra los pecados y perdona los delitos, el supremo bienhechor, el dispensador de la verdadera gloria* (1).

Los autores griegos y latinos, Magastenes, Estrabon y Clemente de Alejandria conocían á los budhistas con el nombre de filósofos samaneos, que todavía conservan en ciertas comarcas (2). Los brahmanes eran conocidos igualmente con el nombre de brahmanes y de gimnosofistas ó filósofos desnudos. Hace veinte ó treinta siglos que estas dos sectas de filósofos reinan en la India, no sobre el ánimo de una sola ciudad, como lo pedía Platon para la filosofía griega, sino sobre muchos millones de hombres. Veamos, pues, lo que los brahmanes han hecho en orden á Dios, á la humanidad y por ellos mismos.

Este último artículo es en realidad el primero y más principal. El jefe de los filósofos samaneos, el gran Lama, se hace adorar como una encarnación divina; los demás, proporcionalmente á su categoría.

Los brahmanes, estos filósofos tan jactanciosos, se llaman dioses de la tierra. Para justificar este título, unas veces dicen que descienden de los siete Richis ó penitentes que se salvaron del diluvio con Manú y que, por su gran santidad fueron trasportados al cielo y son hoy las siete estrellas de la Osa Mayor; otras, y esta es la fábula más acreditada, dicen que, aun cuando Brahma crió al hombre, sacó á los brahmanes de su cabeza, á los kechatrias ó guerreros de sus espaldas, á los veissiahs ó mercaderes de su vientre, y los sudras ó artesanos de sus piés. Tales son las cuatro castas que los filósofos de la India han establecido y consagrado como el fundamento de la constitución religiosa y política. Para afirmar mejor su dominación, sólo ellos tienen el derecho de leer los libros sagrados ó vedas; los guerreros ó nobles no tienen más derecho que el de oír su lectura y hacer regalos á los brahmanes; las otras únicamente tienen este último derecho. La casta de los filósofos considera á las otras tres como impuras; lo más meritorio que estas pueden hacer es colmar de favores á los brahmanes, dar banquetes en honor de los mismos, pero sin sentarse á la misma mesa. La veneración que profesan á estos sabios aumenta según el grado á que pertenecen de los cuatro en que se dividen; estos grados son: primero, el de los brahmanes jóvenes ó que todavía no han sido iniciados por el triple cordon; segundo, el de los que, nacidos segunda vez por su iniciación, y casados, viven en las ciudades ó burgos; tercero, el de los que viven en la soledad con sus mujeres é hijos, y se llaman

(1) Deguignes, *Mem. de la Acad. de las Inscripciones*, t. I, p. 163, etc.

(2) Estrabon, l. 15; Clem. Al., Strom., l. 3.





vanaprastas; el cuarto y último le forman los sannyasi, ó sea aquellos que permaneciendo célibes ó abandonando á su familia viven solos en el retiro y entregados á la contemplacion. Los que de estos filósofos se hacen sacerdotes son más respetados que los demás; el pueblo se arrodilla en su presencia, porque una sola mirada del sacerdote basta para que le sean perdonados todos sus pecados.

Invitado Jesucristo á comer por un fariseo, extrañóse este de que no se lavara antes las manos. Entonces el Señor le dijo: Vosotros, fariseos, os limpiáis por fuera, pero vuestro interior está lleno de rapiña y de iniquidad; vosotros pagáis el diezmo de la menta y del comino, y despreciáis lo más grave de la ley, la justicia, la misericordia y la fidelidad; ciegos guías, coláis hasta el agua que bebeis y no reparáis que tragáis un camello. ¡Desgraciados de vosotros! (1). Los brahmanes son los fariseos de la India. La misma afectacion en el género de vida, el mismo temor de aparecer manchado ante los demás, el mismo uso continuo de las abluciones y del baño, el mismo celo por las cosas de poca importancia, el mismo abandono respecto á lo esencial, el mismo lujo, igual hipocresía y el mismo orgullo. Y en efecto, hay entre ellos quien hace al pié de la letra todo lo que dejamos consignado en las palabras de Jesucristo. Lo que á continuacion vamos á decir es una prueba de ello entre las mil que pudieran alegarse.

Muy por debajo de la última casta, la de los sudras, corrómpese en la servidumbre, en el oprobio y en la miseria la cuarta parte de la poblacion india con el nombre de párias. Comer con un pária ó tomar los alimentos preparados por estos seres desgraciados y hasta beber el agua sacada por ellos, servirse de los vasos de barro que tienen para su uso, entrar en sus casas ó permitirles la entrada en la de alguno de las cuatro castas, todo esto es para los indios una falta tan grave, en opinion de los filósofos, que el que la comete queda excluido de su casta. En muchos puntos, la sola proximidad de un pária ó la huella de sus piés, se considera bastante para impurificar todas las inmediaciones. Les está prohibido pasar por la calle en que viven los brahmanes. El pária que tuviera la audacia de penetrar en la casa de uno de estos sábios, sería condenado á muerte, como de ello hay más de un ejemplo.

Los filósofos samaneos ó budhistas reformaron sobre este particular la filosofía brahmánica; rechazan la distincion de castas y los Vedas, en cuyos libros se funda esta distincion. Por esta razon se hicieron la guerra las dos castas, y en el séptimo siglo de la Era cristiana, los filósofos samaneos fueron expulsados de la India y se refugian entre los chinos y los tártaros, consiguiendo, mediante su doctrina, humanizar algun tanto las costumbres de los últimos.

Pero los samaneos, lo mismo que los brahmanes, han ocultado al pueblo el conocimiento de la verdad. Moisés escribió en estilo sencillo

(1) Luc., 11; Mat., 23.

y claro, para que se instruyera el pueblo de Israel, la historia del género humano y su propia historia, y asimismo la ley que debían observar, en un pequeño volumen, que se podía llevar fácilmente en la mano y guardarle en el bolsillo. No sólo no se les prohibía, si que se les mandaba expresamente leer y meditar noche y día, ó en otros términos, hacer de ellos su filosofía, pero consultando con los sacerdotes las cuestiones difíciles. Uniendo á este volumen los restantes libros del Antiguo Testamento y todos los del Nuevo, todavía resulta un volumen muy portátil que cualquiera puede leer, estudiar y meditar, bien en el texto original ó en las versiones auténticas. Además de toda la doctrina contenida en estos libros, existe un compendio muy corto y sencillo, conocido con el nombre de Catecismo, sin contar la enseñanza viva y constante de la Iglesia.

En las religiones de la India no hay nada de esto. Solamente los brahmanes pueden leer los Vedas, y los guardan tan secretos, que hasta el presente no se ha podido adquirir un ejemplar completo. El único compendio místico que ellos tienen, conocido con el nombre de Upnekhat, forma dos gruesos volúmenes. Entre los diez y ocho Puranas, hay uno que sólo él contiene más de treinta mil versos, y está escrito en una lengua muerta que hace difícil su inteligencia aun á los mismos brahmanes. Puede, pues, decirse muy bien de estos filósofos lo que se dice entre los judíos de los escribas y fariseos: ¡Desgraciados de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con la llave de la ciencia! ¡Vosotros no entrasteis, y habeis prohibido entrar á los que querian! (1).

Los samaneos ó budhistas son menos celosos; como no reconocen casta privilegiada, se hace letrado el que quiere. Pero encuentran una gran dificultad en el número y extension prodigiosa de sus libros.

Es verdad que existe un compendio de su doctrina; pero este compendio tiene ciento ocho gruesos volúmenes, y se necesita un camello para llevarle. Júzguese por esto lo que serán los demás. Hay uno, sobre todo, que desgraciada ó felizmente no existe más que en el palacio fabuloso de los dragones. Este libro, titulado en chino *Pu-Yam*, contiene todas las puertas ó párrafos de la ley. Aun cuando el Océano se convirtiera en tinta y la yerba del monte *Su-Meru* en plumas, sería imposible escribir una sola frase de este libro tomada en un sólo sentido, en una sola puerta, en una sola seccion. En el Occidente sólo pueden compararse con los filósofos del buddhismo los judíos rabinos, sucesores de los escribas y fariseos, porque inventan cuentos parecidos al asunto del Talmud.

El sabio á quien se deben estas noticias, añade: «Dejará de sorprendernos la prodigiosa extension de estos libros, si se tiene en cuenta que están formados en gran parte de las rogativas, fórmulas de las oraciones ó invocaciones que se repiten un gran número de ve-

(1) Luc. 11, 52. *Vae vobis legis peritis, quia tulistis clavem scientie, ipsi non introitis, et eos, qui introibant, prohibuistis.*



ces seguidas sin ninguna variacion y sin que hagan sentido. No debe olvidarse que las tres doctrinas de los budhistas forman un sistema de filosofía tan completo, como podría esperarse de los indios, y que comprenden los principios de la moral, las fábulas cosmogónicas y la descripción tanto del mundo real como del fantástico, un conjunto de tradiciones alegóricas y mitológicas, y muy principalmente, una metafísica cuyo fondo es imposible penetrar. Sin temor de ser desmentido, puedo asegurar, que quien no ha leído alguno de estos libros de los budhistas, no conoce toda la extension de la extravagancia humana, ni tiene una idea completa de los absurdos á que puede conducir el abuso de las meditaciones sin objeto, y el empleo desordenado de las abstracciones cuando se aplican á materias que traspasan los límites de la inteligencia (1).

«El espectáculo que ofrecen las locuras humanas, dice el ya citado sabio, no es completamente estéril para los espíritus meditabundos; y como todas las naciones que han incurrido en la idolatría se han trasmitido unas á otras sus errores, la inocente satisfaccion que experimenta el que esto examina, es una de aquellas cuya fuente jamás se agota. La religion samanea, una de las más celebres del Asia Oriental, ofrece estas ventajas reunidas, quizá en mayor grado que ninguna otra. Los que la fundaron eran sábios del antiguo Oriente, muy dados á expresarse por medio de enigmas y símbolos, que miraban con desden el decir discretamente las cosas razonables, y que por nada de este mundo hubieran emitido una sola verdad sin haberla disfrazado antes con alguna extravagancia. Algunos dogmas muy ingeniosos y una moral muy pura, podían hacer recomendable el buddhismo á los hombres sensatos; pero las fábulas absurdas sólo podían hallar acogida en los hombres vulgares. El sistema mitológico más embrollado de todos los del Asia, es una mezcla de sutilezas metafísicas tan inteligibles, que aventaja á todas las que enseñaron las escuelas de Occidente (2).

Por lo que respecta á los Vedas, véase lo que dice un hombre que vivió treinta años entre los brahmanes, habló su misma lengua y aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para descubrir lo que tienen más secreto: «¿Quién no se figura que estos libros contienen cosas de interés? Su sola antigüedad, real ó pretendida, es lo que les hace recomendables. Una exposicion prolija del politeísmo indio, tal como existía en su origen; las fábulas más piadosas y ridículas, acerca de las penitencias quiméricas de sus solitarios; las metamorfosis de Vichnu, el culto de todo lo más infame y ruin, etc.: hé aquí, de ello tengo las pruebas, lo que constituye el fundamento de los textos de que los brahmanes hacen un gran misterio. El cuarto de estos libros es el más funesto de todos para un pueblo entregado á las más gro-

seras supersticiones; es una especie de libro mágico, en el que se enseñaba el arte mágico de perjudicar á los hombres por los sortilegios y los encantamientos; los sacrificios sangrientos también están prescritos. De estos libros han tomado los brahmanes la mayor parte de los *mantrams* ó fórmulas de oraciones, que tanto dinero y estimacion les proporciona, y que es en realidad lo que les hace ser tan apreciados (1).»

Por último, despues de tantos siglos, ni unos ni otros han dado un solo paso en el camino del progreso. En el estudio de los astros sólo ven la astrología; en el de la naturaleza la magia. Hé aquí un trozo de su historia natural: «Cuatro principales nublados envían la lluvia, y cada uno desempeña este oficio un año. El primero y último son favorables á los hombres, y les envían aguas fecundantes; los otros dos, por el contrario, traen consigo siempre tempestades y huracanes. La frecuencia de las lluvias depende en gran parte de la buena ó mala voluntad de los siete elefantes, cada uno con su nombre propio, y cuyo oficio anual es llevar agua á las nubes. Cuatro desplegan grande actividad en su servicio y proporcionan agua en abundancia, pero los otros tres desempeñan su oficio con negligencia, la tierra aparece ávida, y déjase sentir la sequía. Siete serpientes, cada una con su nombre propio, ejercen sucesiva y anualmente un poder soberano sobre todas las especies de serpientes. La serpiente *Ananta*, que es la primera y la más poderosa, sostiene la tierra sobre su cabeza. El año de su reinado es funesto, porque las serpientes son entonces extremadamente venenosas, y al que le muerden muere, por lo general, inmediatamente despues. El reinado de la serpiente *Karkata* no es menos temible. Las cinco restantes son mucho menos malas. Es raro que haya mordeduras durante su reinado, y aun cuando esto suceda, el veneno no es mortal. La serpiente *Maha-Padma*, principalmente es amiga del hombre; no solamente impide que las otras perjudiquen á los hombres, sino que, si por acaso le hubiera mordido, envía la medicina *Darmantary* para curarle (2).»

Respecto al conocimiento y culto de Dios, hé aquí una sentencia, entre otras, que los brahmanes hacen aprender á la mayor parte en las escuelas: «Antes que existiesen la tierra, el agua, el aire, el viento, el fuego, Brahma, Vichnu, Siva, el sol, las estrellas y demás objetos sensibles, existía ya el Dios único y eterno, *Suayambu* (aquel que es y existe por sí mismo) (3).»

Y á pesar de esto, el pueblo, de quien los brahmanes son los filósofos y los doctores, es el más supersticiosamente idólatra del mundo; él adora á la vez al pájaro garuda, especie de águila, y á la serpiente capel, de quien aquel se alimenta; en vez de matar á los reptiles ve-

(1) Dubois, *Costumbres é instituciones de los pueblos de la India*, t. I, p. 235.

(2) Dubois, *Costumbres é instituciones de los pueblos de la India*, t. II, pág. 51.

(3) Dubois, *Costumbres é instituciones de la India*, tomo II, pág. 436 y siguientes.

(1) Abel Rémusat, *Sobre la extension de algunos libros sagrados de Buddha*. Mel, asiat., t. I.

(2) Abel Rem., *Sobre el origen de la jerarquía lámica*. Mel., asiat., t. I, p. 130. París, 1825.



nenosos que le causan muchas veces la muerte, les ofrece en sacrificio los manjares más delicados al pie de sus viviendas, adora las piedras y las plantas, y celebra una fiesta anual de una yerba muy común, llamada *darba*.

Sin embargo, un misionero francés acaba de descubrir en los libros originales de la India sobre la astrología y la astronomía tradicionales del país, que mucho antes de Descartes, Galileo, y quizá Pitágoras, los indios aplicaban el álgebra á la geometría, discutían en sus escuelas sobre el movimiento de la tierra que resulta de su rotación diurna, y sobre su eje en el centro del espacio; se ocupaban también de la causa de la caída de los graves, y comparaban la tierra á una piedra de imán; calculaban los senos y los cosenos, y formaban sus tablas; por último, demostraban como cosa muy sencilla que la suma del cuadrado de cada uno de los lados de un ángulo recto, en un triángulo, es igual al cuadrado de la hipotenusa (1).

Hace ya más de setenta años, la filosofía del siglo XVIII, dueña entonces de los destinos de Francia, inventó un calendario en que cada día estaba consagrado, no tan sólo á un santo ó santa, si que también á un animal, á una planta y á una herramienta. Esta obra era más propia de los filósofos de la India, quienes en más de una ocasión adoraron á su pala y azada, y en cierta festividad cada uno ofrecía un sacrificio á todas las herramientas de su profesión. En el calendario filosófico, la vaca y el buey ocupaban un lugar muy distinguido; este último era el principal personaje de una de las grandes solemnidades del año. En la India hay festividades muy parecidas en honor de la una y del otro. La vaca, sobre todo, es allí tan sagrada, que matar una ó comer su carne es un crimen mucho mayor que matar á un hombre, aun cuando éste sea su padre ó su madre. Más aún: la orina de la vaca es entre los indios agua lustral, no solamente para lavarse, si que también para beber. Finalmente, la dicha más grande para un brahman, el medio infalible de ir derechos al paraíso estos famosos filósofos de la India, es morir asidos á la cola de una vaca (2).

Hace más de setenta años que la filosofía triunfante adoraba á la razón, es decir, se adoraba á sí misma en la persona de una prostituta desnuda. Ahora bien; después de muchos siglos, la filosofía de la India, reuniendo todo lo que tiene de más obscuro en orden á la prostitución y á la licencia, hace de ello un objeto de adoración en los altares, y un adorno de devoción que las mujeres llevan al cuello. No hay templo de alguna importancia que no tenga á su servicio un cierto número de cortesanas. La distinción de las castas, la abstinencia de la carne, etc., tan severamente prescritas por otra parte, desaparecía completamente en ciertas

(1) *Anales de filosofía cristiana*, 3.ª serie, t. XVII, página 26; *Astronomía india, según la doctrina y los libros antiguos y modernos de los brahmanes*, por M. el abate Guérin: París, 1847.

(2) Dubois, *Costumbres é instituciones de los pueblos de la India*, t. II, pág. 203.

fiestas abominables, en las que brahmanes y párias confundidos cometían públicamente todas las infamias de que injustamente se acusó á los primeros cristianos (1).

Tal es, pues, sin hablar de otras muchas sectas repartidas por la India, lo que son los brahmanes y los samaneos, estos filósofos tan pretenciosos de la antigüedad, estos oráculos, á quienes iban á consultar los filósofos de la Grecia. En ellos vemos lo que dijo San Pablo: «Son inexcusables, pues aunque conocieron á Dios, no le glorificaron como á Dios, ó dieron gracias; antes se desvanecieron en sus pensamientos y se oscureció su corazón insensato, porque teniéndose ellos por sábios, se hicieron necios y mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de sierpes. Por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazón, á la inmundicia; de modo que deshonraron sus cuerpos en sí mismos, los cuales mudaron la verdad de Dios en la mentira, y adoraron y sirvieron á la criatura antes que al Criador, el cual es bendito por los siglos. Amén.» Por esto los entregó Dios á pasiones vergonzosas (2).

Los filósofos de la India son tanto más inexcusables, cuanto que la Providencia les ha proporcionado más medios de conocer la verdad. Entre los hijos de Noé, Sem recibió las mayores bendiciones; el nombre de Sem es conocido y reverenciado por los brahmanes; le tienen por un título glorioso, y le invocan en las ocasiones solemnes. Algunos sábios opinan que los antiguos samaneos tomaron este nombre de Sem, y que ellos eran además la raza privilegiada del mundo patriarcal (3). Cuando los hijos de Israel fueron dispersados por toda el Asia para dar á conocer las maravillas de Dios á las naciones que lo ignoraban, cuando Daniel estuvo tanto tiempo al frente de los sábios de la Caldea y de la Persia, la India pudo fácilmente volver de nuevo al conocimiento y culto del Dios de Sem; cuando en tiempo de Esther y Mardoqueo la gloria del Dios vivo se anunció por medio de edictos públicos á las ciento veintisiete provincias del imperio persa, la India también estaba comprendida en ellas. De sus incompletas tradiciones resulta también que todo esto produjo algún efecto, porque hacia esta época los samaneos hacen grandes esfuerzos para perfeccionar la doctrina de los brahmanes. Vecinos de la Persia, cuyos peregrinos iban á Jerusalén á oír la primera predicación de San Pedro, es imposible que los indios no hayan oído hablar desde entonces de Jesucristo. El apóstol Santo Tomás dijo que había predicado en la India; el apóstol San Bartolomé que llevó á la India un ejemplar del Evangelio de San Mateo, cuyo Evangelio se encontró en poder de muchos fieles cien años después por el filósofo San Pantenes, que, á petición de los pueblos de la India, fué á este

(1) Dubois, t. I, pág. 403.

(2) Rom., 2, 20, 26.

(3) Windischmann, pág. 735.

país á defender la doctrina de Jesucristo contra la de los brahmanes (1).

Como los samaneos eran enemigos de estos últimos, es probable que adoptaran el Cristianismo, si no en su totalidad, al menos en parte. De aquí los rasgos tan conocidos que de la vida de Jesucristo se hallan en la leyenda de Buddha ó de Fo. Además, un sabio orientalista llegó á considerar el buddhismo como un cristianismo degenerado. Le ha parecido que los historiadores chinos confundieron muchas veces á los cristianos con los buddhistas, y que cuando en el año 65 de la era cristiana, un emperador de la China envió embajadores al Occidente para informarse de la venida del santo que habla Confucio, con cuyo motivo se introdujo en la China el culto de Fo, se trató allí de la predicación del Cristianismo, que desde entonces se introdujo en la China por el intermedio de la India; pero falta de misioneros que se sucedieran en esta tarea, degeneró paulatinamente en supersticiones (2).

Hoy la India ve sobre sus costas algunos obispados católicos, y muchas misiones en el interior del continente. Hay provincias donde la mitad de las congregaciones cristianas se compone de párias. Parece que Dios quiere hacer por este país lo que ha hecho por todo el universo: elegir lo que hay de más humilde en el mundo para confundir á los sábios; lo que hay de más innoble, más despreciable y pequeña para destruir lo que existe, para que nadie se glorifique en sí mismo sino en él (3).

#### LA CALDEA Y LA PERSIA.

Los caldeos eran los filósofos de Babilonia. Tuvieron á su frente al profeta Daniel, que les salvó la vida cuando Nabucodonosor dió orden para que se les diera muerte; vieron á sus compañeros arrojados en el horno, y al mismo Daniel dos veces en la fosa con los leones, por no adorar los ídolos y permanecer fieles al culto del Dios vivo. No debían ignorar el Dios verdadero. Es opinión generalmente admitida de que reconocían también un Sér Supremo, padre y señor de todas las cosas. Hemos visto cómo el caldeo Beroso cuenta que Dios, á quien llama Bel ó Señor, creó el cielo y la tierra. San Justino, Eusebio, Porfiro, citan un oráculo, según el cual los caldeos corren parejas con los hebreos por la santidad del culto que rendían al Rey eterno; sólo los caldeos, se ha dicho, tuvieron la sabiduría como patrimonio común con los hebreos, rindiendo un culto puro á Dios, que es el Rey que subsiste por sí mismo (4).

(1) Euseb., *Hist. ecle.*, lib. V, cap. 10.

(2) Deguignes, *Investigaciones sobre los cristianos establecidos en la China en el siglo sétimo*, Mem. de la Acad. de las Inscrip., t. LIV, in 12.

(3) 1, Cor., 1, 27, 29. *Sed quæ stultia sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia; et ignobilia, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret, ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus.*

(4) Just., *Cohort. ad gentes*; Euseb., *Dem. ev.*, libro III; Porph., *Vita Pythag.*

Pero este elogio no puede ser admitido sino con grandes restricciones. En los tiempos de Daniel adoraban en Babilonia, bajo el nombre de Belo, un ídolo de madera, que al decir de los caldeos, que eran sus sacerdotes, gastaba todos los días doce medidas de harina, cuarenta ovejas y seis ánforas de vino; veíase también allí al dragón ó gran serpiente, y sobre todo, en la carta de Jeremías se ve que había allí muchos dioses de oro, plata, piedra y madera, que eran llevados á hombro y adorados por la multitud; estos ídolos estaban coronados y vestidos de púrpura, y perfumados de incienso. Sus sacerdotes, que eran filósofos caldeos, estaban sentados en sus templos, con la barba cortada, la cabeza afeitada y descubierta, sus vestidos desgarrados, y lanzando gritos como si llorasen la pérdida de alguna persona que hubiera sucumbido. Se ve, en particular en esta carta, como también en los autores profanos, que había en Babilonia un ídolo infame, en honor del cual todas las mujeres debían prostituirse con los extranjeros, al menos una vez en su vida (1).

La gloria de los filósofos caldeos era el conocimiento de los astros; se consagraban á este estudio desde tiempos inmemoriales. Pero su objeto en este estudio no era precisamente lo que nosotros llamamos propiamente astronomía, ciencia de los astros y de sus fenómenos naturales. Diodoro de Sicilia (2) dice que en su tiempo, sesenta años antes de Jesucristo, estos filósofos no se sentían todavía capaces de predecir un eclipse de sol. Era lo que nosotros llamamos astrología, ó arte de predecir por los aspectos, posiciones ó influencias de los cuerpos celestes los sucesos futuros, no solamente de aquellos que tenían alguna relación con la atmósfera, tales como los cambios de los tiempos y los vientos, las tempestades, sino que muy especialmente lo que no tenía ninguna relación, como el éxito de una guerra, la suerte de un imperio, el destino de una criatura que nace, y los días faustos ó infaustos para emprender algún negocio. Tenían en esta pretendida ciencia tal reputación, que todos los que se distinguían se llamaban caldeos, cualquiera que fuera su patria. Hacían además profesión de entender el vuelo de los pájaros, la interpretación de los sueños, toda especie de adivinación y presagio, y los encantos para ahuyentar la desgracia y adquirir la felicidad. Tales eran los filósofos de la Caldea en los autores griegos y latinos. Los profetas los describen con los mismos caracteres. Isaías dijo en Babilonia: «Tu sabiduría y tu ciencia se han perdido, y dijiste en tu corazón: Yo soy, y nadie hay como yo. Los males te agobiaron antes que puedas presentírtelos. No sabrás de dónde te viene tanta desgracia. Estáte con tus encantadores y con la muchedumbre de tus maleficios, en que te has fatigado desde tu juventud, para ver si acaso te aprovecha alguna cosa, ó si puedes ser más fuerte. Tú perdiste en la multitud de tus consejos: vengan, y sál-

(1) Baruch, 6.

(2) Diod., lib. II, cap. 31.